

salió un verdadero fuego graneado de detrás de un monton de paja que habia en una era; entonces se oyó un ruido sordo en el camino que los ladrones acababan de recorrer y que era el único que los separaba de los bosques de San Arnaldo. ¿Quién es ese que ha caído? preguntó con voz imperiosa, aunque sin atreverse á alzarla mucho, Francisco el Hermoso, parándose al mismo tiempo delante de los árboles. Petit-Limousin, contestó Brigand, y segun veo le han dado *mulé*. Vé á buscarlo ó te mato, replicó el jefe; no quiero que se quede ahí el pellejo de ese imbécil, y que por él podamos ser reconocidos.

Brigand obedeció refunfuñando, y volvió á los cinco minutos, arrastrando por las piernas un cadáver, cuya cabeza inerte iba pegando en el suelo y tropezando en todas las piedras que hallaba al paso.

Sans-Orteaux y Francisco de Menecy se echaron el cadáver áuestas y la gavilla se metió en el bosque, dejando á retaguardia al Tuerto de Mans y á Francisco el Hermoso, que echando la última ojeada á las luces que vagaban por el pueblo y amenazando con su palo de espio, exclamó medio entre dientes: «¡Galopines de Ville-Sauvage, ya volveremos á vernos las caras!

En efecto, iban á volverse á ver, y mas pronto de lo que creia el jefe de los bandidos. Una vez internados en el bosque de San Arnaldo, Francisco el Hermoso y sus hombres se creyeron á salvó. En el primer raso juntaron toda la leña seca que pudieron hallar á mano y encendieron una hoguera como quien se halla en su casa; pero los paisanos de Ville-Sauvage los habian seguido por la pista. Entonces los vieron en derredor de la lumbre, cuyos reflejos rojizos alumbraban el cuerpo de Petit-Limousin, en el cual acababa de reconocer Brigand un resto de vida. Brigand se bajaba para introducir en la boca de su camarada algunas gotas de aguardiente, cuando se oyó un tiro, y una bala le rompió la pierna izquierda.

A este tiro siguieron otros; las balas silbaban y hacian volar, pegando en la hoguera, una porcion de chispas en todas direcciones. El Rojo no paró de correr hasta el alba, perdiendo uno tras otro sus zapatos y como es consiguiente lastimándose los pies en las piedras que estaban cubiertas de nieve; los paisanos como pudieran haberlo hecho persiguiendo á un lobo herido, le fueron siguiendo por el rastro de la sangre. Poco despues de amanecer se encontró aquel tunante con un trabajador en una viña, y los zuecos que llevaba aquel buen hombre, le hicieron abrir un palmo de ojos.—¿Quiéres venderme esos zuecos? le dijo, te doy doce sueldos por ellos.—El trabajador, á quien no hacia mucha gracia la presencia del bandido consintió en lo que éste exigia de él. El Rojo se puso los zuecos, le dió al hombre la cantidad prometida y continuó corriendo. Pero apenas hubo mirado el jornalero la moneda, cuando conoció que era falsa, y echando á correr tras el fugitivo, le amenazó con aplastarle la cabeza como á un lagarto con una piedra que llevaba en la mano sino le daba otra moneda. El Rojo buscó una buena y se la dió. Decididamente habia echado mal dia el ladrón.

Este contratiempo exasperó á Francisco el Hermoso que resolvió aterrorizar el pais tomando una venganza ruidosa; el 30 de enero organizó una expedicion mandada por él contra la granja del ciudadano Lejeune, en Montgon.

La ocupacion ostensible de Cousin era el comercio de granos, y éste fue el encargado por su jefe de ir á hacer un reconocimiento. El 28 de enero estuvo en la granja á concertar un carro de trigo, lo ajustó y dijo que iria por él el 30, y para no inspirar desconfianza, dejó seis francos de señal.

A cosa de las once de la noche, doce bandidos rodearon la granja y ocho escalaron la cerca. Los perros se echaron sobre los intrusos ladrando con todas sus fuerzas; Lejeune al oír aquel alboroto se levantó y se le oyó echar lumbre con el eslabon. Cousin llamó entonces en la puerta interior y le dijo:—Soy yo, ciudadano Lejeune; el que os ha comprado el trigo, y tengo el carro á la puerta.—¿Y por dónde habeis llegado hasta aquí? le preguntó Lejeune con inquietud, ¿está abierta la puerta grande?—Lo que hay es que dormís como unas marmotas, por lo cual me he visto precisado á escalar la tapia.—«Veamos, veamos» dijo Lejeune, cuyas sospechas iban en aumento al oír que los ladridos de los perros se cambiaban en gritos de dolor, diremos mejor de agonía, porque los ladrones iban acabando con ellos á sablazos.

El granjero echó á correr á la cuadra para avisar al carretero porque podia ir hasta allí sin salir de casa; entonces se oyó ruido de zuecos y de cerrojos.—¿Se están parapetando allí dentro? preguntó Francisco el Hermoso, ¡adelante la bomba! y la puerta saltó hecha astillas.

—«¡Ah tunantes! exclamó el granjero; venís á robarme; ya os daré yo lo que os hace falta» y cogiendo una horca fué á abrirle con ella la cabeza á Cousin. Pero Francisco el Hermoso tiró del sable y de un tajo le abrió la cabeza en dos partes á Lejeune. Entonces, viendo en tierra á su enemigo, saltó sobre él á pie juntillas y le estuvo pateando por espacio de unos cuantos segundos, y bajándose en seguida se puso á serrar con el sable el cuello de aquel desgraciado.

Dueños los bandidos de la quinta en un abrir y cerrar de ojos, intimaron á la mujer de Lejeune que les declarase en dónde tenia el dinero.

—Buscad en el cuarto de al lado, les contestó la infeliz; el dinero está en un cajon de la cómoda. Pero por el amor de Dios, recoged á mi pobre marido que está tendido en el suelo. Lejeune estaba acribillado á bayonetazos. El Gran-Normando habia sido el héroe de esta hazaña.

Uno de los bandidos cogió al moribundo y lo puso en la cama del otro cuarto. Francisco el Hermoso, notó entonces que vivia.—¿En dónde tienes el dinero? le preguntó; dímelo pronto, ó te remato.—En la bodega, contestó el desventurado dando las boqueadas.

—Lo ves, grandísima bribona, le dijo Francisco, el Hermoso, á la mujer de Lejeune volviendo al otro cuarto; tú no nos habias dicho mas que la mitad del